



*Dibujado y publicado por N. Demasdy*

*Se vende en la casa del autor, en Santiago*

CAMILO HENRIQUEZ.

*Dr. C. Henriquez*  
*GH*



### III.

## CAMILO HENRIQUEZ.



L primero de abril de 1811 fué para los habitantes de Santiago un dia memorable, que los contemporáneos colocaron entre los aniversarios de los grandes terremotos que habian aflijido el pais, i de las mas espantosas calamidades de que se conservaba tradicion. Desde la época del fundador Pedro Valdivia, la paz i la quietud habian reinado en la ciudad. Siglos los separaban de los combates que aquel conquistador tuvo que empeñar con los indíjenas, al zanzar los cimientos de la que destinaba a ser la capital de sus colonias. Despues, los vecinos de Santiago no habian visto soldados, sino en las paradas militares, ni oido el estampido del cañon, sino mui de tarde en tarde, cuando se anunciaba la muerte o la coronacion de un monarca de Castilla. La guerra no les era conocida mas que por noticias; pero nunca habian experimentado las ansiedades que causan las peripecias

de una batalla trabada a corta distancia. Mas ese dia, despues de tantos años, los cañonazos i las descargas de fusilería habian resonado, no en las inmediaciones, sino en el centro mismo de la ciudad, en la plaza principal; i aquellos tiros no habian sido simples salvas de ordenanza, disparadas con pólvora, meramente para hacer ruido, sino mui serias i mortíferas. Los godos despues de haber debatido con los patriotas a pura pérdida en *cabildos abiertos* la cuestion que los traia divididos desde algunos meses, habian tratado de ganarla a fuerza de balazos; i el coronel don Tomas Figueroa, insurreccionándose con una parte de la guarnicion, habia intentado ahogar la revolucion en su cuna. Mas con el favor de Dios los insurjentes habian desbaratado sus proyectos, e impedido que los conatos de independencia fuesen aniquilados en jérmen. La crisis solo habia sido de horas, si contamos desde que los sublevados dieron los primeros indicios de motin; de minutos, si únicamente atendemos a la duracion de la pelea. Pero lo inusitado del suceso, la gravedad de los intereses que se habian jugado en este arriesgon de fortuna, la zozobra de las consecuencias trascendentales que podia arrastrar consigo, prolongaron por mucho tiempo el sacudimiento i la agitacion que habia producido. En todo ese dia primero de abril particularmente, la mitad de la poblacion que se consideraba vencedora, no alcanzó a recobrase del susto; i la mitad que se consideraba vencida, estuvo desasosegada por la fiebre de la desesperacion i del temor.

Si, cuando los ánimos están acalorados por una fuerte excitacion, como era la que entónces dominaba a los santiaguinos, las circunstancias mas pequeñas llaman la atencion, los hechos notables por cualquier respecto despiertan una curiosidad profunda i aparecen con proporciones mas abultadas de las que se les habria concedido en cualquiera otra ocasion. Apuntamos esta observacion vulgarísima, para que el lector, recordando que el clero casi en masa con su prelado al frente se oponia a las innovaciones, se imagine el asombro que causaria ver aquella vez a un eclesiástico a la cabeza de una de las patrullas que, despues de terminada la funcion, recorrian las calles para evitar una segunda intentona. Era un hombre de cara pálida, de esterior grave, flaco de cuerpo, de talle poco airoso, mas bien bajo que alto; el sayal que le envolvía no pertenecia a ninguna de las órdenes religiosas establecidas en Chile; componíase de una sotana negra, que decoraba sobre el pecho una cruz roja. La novedad misma de su traje contribuía a fijar sobre él la curiosidad de la multitud. Todos se lo señalaban, i se decian su nombre al pasar. Llamábase Camilo Henriquez. Aunque nacido en Valdivia, se habia educado en el Perú, i habia profesado en una de las comunidades de aquel pais, que se denominaba los *Padres de la Buena Muerte* i cuyo deber era auxiliar a los moribundos. Estaba recién llegado, i se conversaba mucho de su persona en toda la ciudad. Era tenido por hombre mui *leido* i que *sabia escribir*. Habia abrazado con calor la causa de la revolucion, i se habia ligado con aquellos personajes que se singularizaban por sus opiniones exaltadas. Como se ve, habia mas que suficiente motivo para que su actitud en aquel dia

memorable no pasara desapercibida. Sin embargo, se equivocaria grandemente quien juzgando a Henriquez por el aparato guerrero de que apareció rodeado en su primera exhibicion pública, le tomase por un hombre de accion. La continuacion de nuestro relato probará que era todo, ménos eso. Audaz por el pensamiento, atrevido en sus concepciones, valiente con la pluma en la mano, no habia recibido en patrimonio de la naturaleza esa enerjia de voluntad, esa fuerza de carácter que hace sostener una conviccion no solo con la palabra, sino tambien con las armas. Era un pensador a quien no le asustaba la lójica de las consecuencias; pero no un soldado que despreciase las balas.

Nadie puede poner en duda que el proyecto de separarse de la Metrópoli habria causado pesadillas, si se le hubiera propuesto, a la mayoría de los próceres del año diez, los cuales se habrian contentado mui bien con ciertas garantías constitucionales, con ciertas reformas municipales; que eran contados los que lo ocultaban en el fondo del alma; i que solo los mui arrojados osaban repetírselo al oido. Pues bien, esa idea que nadie emitia sino entre cuatro paredes i con grandes precauciones, Camilo Henriquez la expresó el primero por escrito, a la faz del pueblo i sin ambages; él, primero, se atrevió a preguntar no a sus amigos de confianza, sino a toda la nacion qué fecha tenia, i qué firmas autorizaban el pacto que sujetaba a Chile a ser una colonia de la España; él, primero, se atrevió a sostener que la dominacion española, léjos de apoyarse en algun derecho, pugnaba contra las leyes de la naturaleza, que habia colocado entre nosotros i ese rincon de la Europa la inmensidad del océano. Todas estas aseveraciones están terminante i largamente desarrolladas en una proclama manuscrita, que hizo circular, cuando se trataba de elejir diputados para el congreso de 1811 i que el historiador realista Martinez, tuvo la buena inspiracion de copiar en su obra para que no se pudieran hacer objeciones contra su autenticidad.

Si se quiere comprender toda la valentía de semejante opinion, es preciso trasladarse con la fantasia a una época demasiado remota ya, no tanto por los años que han trascurrido, como por las preocupaciones que los progresos de la razon han extirpado. Entónces, para el mayor número, negar la soberanía de la España, era punto ménos que negar uno de los misterios de fe. Tal proposicion en la boca de un lego, se miraba como un avance asaz vituperable, en la de un sacerdote como una blasfemia horrible. Sin embargo Camilo no se dejó intimidar por el respeto supersticioso con que sus compatriotas veneraban a un monarca que con solo su nombre los gobernaba desde otro hemisferio. Creyó que el mejor medio de probarles que el ídolo se apoyaba sobre un pedestal de carton, era atacarlo de frente; i sin duda consiguió su objeto, porque cuando una de esas falsas divinidades es desconocida i no encuentra en el acto un rayo para fulminar al temerario que la insulta, desde ese momento su prestigio comienza a evaporarse.

Lo que habia expresado por escrito en una proclama, lo dijo poco despues de viva voz desde el púlpito, aunque con mas prudencia i disimulo, el 4 de ju-

lio de 1811, cuando los diputados del primer congreso pasaron a la iglesia Catedral a implorar la asistencia del cielo, ántes de ir a ocupar sus asientos en la sala de sesiones. En ese sermón procuró demostrar con citas i pasajes de la Biblia la misma doctrina que ántes habia defendido con los argumentos del sentido comun; i sostuvo, con grande escándalo de muchos i aprovechamiento de algunos, que los pueblos poseian ciertos derechos que no podian enajenar por ningun convenio, i a los cuales nunca alcanzaba la prescripcion.

Estos estrenos arrojados probaron a todo el mundo que el recién venido no era un hombre adocenado, i le conquistaron una posición notable. Aborrecido de muerte por los godos, para quienes era un apóstata, estimado por los insurjentes que le acataban como un publicista eminente, su nombre no era oído en parte alguna con indiferencia. El caudal de su ciencia le permitió hombrearse con los magnates mas encopetados por su riqueza o su familia; i a los pocos meses el pobre fraile era uno de los mas influentes en los destinos de Chile.

El 13 de febrero de 1812 es otra de las fechas que ocupan un lugar prominente en las efemérides nacionales, i Camilo Henríquez es el protagonista del suceso que a ella se refiere. En ese día vióse a la jente correr de calle en calle i de casa en casa, i leerse mutuamente, en alta voz, un periódico que llevaba por título la *Aurora*. Los unos escuchaban su lectura en medio del mas vivo entusiasmo; los otros con jestos de desprecio o de indignación. Si al presente vamos a consultar ese papel que tanta agitación causó con su aparición, no le hallamos por cierto nada de asombroso; pero sus efectos debian ser necesariamente muy diversos sobre los contemporáneos. Era el primero que se publicaba en el país, i sus columnas contenian ideas que ahora repiten los niños; pero que eran novedades para los sábios de entónces, i que entrañaban una revolución. Sobrada razón tenian, pues, los godos en desazonarse con el nacimiento de semejante periódico; porque para ellos era mas dañoso que la fabricación de armas o el levantamiento de un ejército. Su dominación se apoyaba no tanto en la fuerza bruta, como en las preocupaciones que el tiempo habia consagrado. ¿De dónde habrian sacado soldados que hubieran resguardado militarmente ese continente que se estiende desde la península de California hasta el cabo de Hornos? Mas el hábito i la ignorancia eran los guardianes que les conservaban su conquista. Así, destruir su prestigio refutando los errores que lo sostenian, demostrar que la España no era para la América lo que es una madre para su hijo, sino lo que un amo para su esclavo, valia mas para los innovadores que ganar batallas; pues cada cabeza que convencian les importaba un brazo que arrebatában al enemigo. Mas si los resultados merecian la pena de que se emprendiera esa lucha contra el atraso, el hombre que la tomaba a su cargo, necesitaba de coraje. En aquella época como en cualquiera otra, pero mas entónces que ahora, el diarista, si no se esponia a la muerte, se esponia a los rencores, a las calumnias rastreras, a la difamación encubierta. Camilo Henríquez, desde el principio, aprendió a costa suya que se compra demasiado caro i a precio de la tranquilidad, el honor de pensar en alto i de ser el maestro de un

pueblo. Sin embargo nada le arredró; miraba su consagracion a la causa pública, como un deber que le imponia su calidad de ciudadano; por cumplirlo renunció en el presente a todo sosiego, i despreció para el porvenir la persecucion.

El año siguiente, ese mismo literato que habia escrito el primer periódico nacional, redactó tambien la primera constitucion que haya rejido el pais. Este código es una obra de circunstancias; los principios revolucionarios aparecen en él disfrazados bajo fórmulas hipócritas; se reconoce a Fernando VII, i se acatan sus derechos; pero al mismo tiempo se proclaman la soberanía del pueblo, la obligacion en que está el monarca de aceptar la constitucion que formen los representantes de la nacion, i la prohibicion expresa de obedecer a ningun decreto, providencia u orden que emane de una autoridad de fuera del territorio de Chile.

¿Cuáles son, pues, los antecedentes de este sacerdote que no teniendo ni riquezas que ostentar ni un nombre aristocrático que le valga, se hace escuchar desde que llega al pais, cuyos consejos solicitan los mas encumbrados, i que se convierte en el lejislador i el institutor de sus compatriotas? Su tierra natal era Valdivia; sus padres, dos vecinos honrados i decentes de aquella provincia. Nacido con una contextura débil, habia descubierto, a medida que iba entrando en la vida, un humor inclinado a la tristeza. Frecuentemente, cuando retozaba sobre la arena de la playa con sus otros camaradas de infancia, por una propension mui natural en los muchachos que crecen a la orilla del mar, la vista del océano despertaba en su alma un vivo deseo de embarcarse en uno de los buques que de tarde en tarde visitaban el puerto, i de irse a navegar. Este deseo no era un sentimiento peculiar del niño Henriquez; sus compañeros lo experimentaban tanto como él, i un viaje marítimo era el objeto de sus mas ardientes votos; pero lo que hai de notable es que Camilo no se contentó con desear, sino que buscó como satisfacer su capricho, i lo consiguió. No sabemos de qué manera se injenió para meterse en una nave a escondidas de su familia; mas lo cierto es que lo hizo i que un dia arribó al Callao, pobre de experiencia i de dinero, i sin tener en aquella tierra nadie que le valiera. Por fortuna, un bodegonero chileno que ejercia en Lima su miserable oficio, le acojió por lástima i proveyó a su subsistencia, hasta que pudo colocarle en el convento de los Padres de la Buena Muerte, una de las comunidades mas famosas del Perú por su opulencia i el saber de muchos de sus miembros.

Allí el prófugo creció i concluyó sus estudios. Cuando fué hombre, no se resolvió a abandonar un claustro a que le ligaban la gratitud i la costumbre, i tomando por una vocacion verdadera lo que no era sino una efervescencia de jóven, pidió el hábito i profesó en aquella orden. Desde luego no tuvo por qué arrepentirse; se dedicó a la ciencia i se olvidó del mundo. Pero en vez de meditar sobre los santos padres, leyó con preferencia los filósofos enciclopedistas i reflexionó sobre sus doctrinas. El resultado de estas lucubraciones fué que adoptase sus ideas, i se hiciese su discípulo entusiasta. Su

ardor de adepto no le permitió ser prudente, i dejó traslucir a medias el secreto de sus pensamientos. Bien pronto experimentó las fatales consecuencias de su poca reserva. Habiendo herido sus palabras los oídos de personas timoratas, fué denunciado, como sospechoso de herejía, ante el tribunal del Santo Oficio que desplegabá su siniestro imperio sobre el Perú, como sobre las demas posesiones españolas. Los inquisidores, que en América andaban escasos de ocupacion, no desperdiciaron la coyuntura que se les presentaba de ostentar su celo; i Henriquez se vió forzado a cambiar, por cierto mui contra su gusto, su querida celda por uno de esos calabozos de donde tanto costaba salir. Extranjero, desvalido, sin familia, sin ningun poderoso que lo apadrinara, i pesando sobre su cabeza una acusacion terrible, su situacion no podia ser mas desesperada. Sin embargo tuvo la rara dicha de salvarse solo a costa de una simple amonestacion. Esos mismos failles de la Buena Muerte, que habian desempeñado con él los oficios de amigos, de protectores, de padres, no le desampararon en el peligro, i poniendo en juego todas sus influencias, no descansaron hasta conseguir que se abrieran para Camilo esos cerrojos inquisitoriales, que habian sido para tantos otros las llaves de la tumba.

Cuando se halló fuera de la prision, merced a los desvelos de sus hermanos, sintió un reconocimiento inmenso. El anhelo por corresponder de algun modo siquiera a tantos beneficios como les debía, absorvió todo su ser. Su corazon bien puesto ansiaba por mostrar que era digno de la proteccion que habia recibido. No tardó en ofrecérsele la ocasion que buscaba. La comunidad se encontró de repente próxima a su ruina. Era deudora de una injente suma a la ciudad de Quito; i a solicitud de esta, el rei expidió una cédula ordenando que se remataran sus bienes para cubrir el crédito. Camilo propuso a sus compañeros que le facultaran para ir en persona a hacer una tentativa de acomodo; i con su permiso se dirijió a Quito, pidiendo al cielo que le concediera la gracia de salvar una órden a la que debía tanto como un hijo a su familia. Su deseo era tan sincero que, para realizarlo, trabajó como mas no puede exijirse a un hombre, superó todos los obstáculos, se ganó al obispo Cuero i Caicedo i a otros personajes de campanillas, i por su intercesion negoció un arreglo que todo lo allanaba i que nadie habria esperado.

Cuando Camilo hubo logrado su objeto, cayó en una tristeza profunda. Ya hemos dicho que su jenio era naturalmente melancólico, i ahora agregaremos que las persecuciones anteriores habian desarrollado esa propension. Miéntras le estimuló el sentimiento de la gratitud, su alma i su cuerpo conservaron toda su actividad; pero cuando vió cumplido su deber, esa misma excitacion, que ántes le habia ajitado, calmándose a falta de pábulo, contribuyó a precipitarle en un completo desaliento i en el desengaño mas amargo de la vida. La sociedad llegó a serle fastidiosa, i se persuadió que no encontraria la paz, sino en el retiro i la soledad. Fijo en esta idea, resolvió irse a sepultar el resto de sus dias en un convento de su órden, situado en las rejiones casi ignoradas entónces del Alto Perú; pero ántes de efectuar esta deter-

minacion extrema, a que le impulsaba el desencanto, por uno de esos antojos que asaltan a los enfermos del ánimo, quiso visitar por la última vez esa patria que sus recuerdos de niño le hacian tan querida. Con este fin se embarcó para Valparaiso, i llegó a Chile en principios de 1811, precisamente cuando la cuestion entre godos i patriotas comenzaba a acalorarse. El atractivo de la lucha, el espíritu de propaganda, el amor de su pais, no permitieron a Camilo permanecer espectador indiferente. Se le presentaba la ocasion de contribuir a la realizacion de las doctrinas que habia leído en esos libros por los cuales habia soportado la prision, i dividido a lo léjos la hoguera. ¿Cómo resistir a la tentacion de predicar sus creencias, de hacer participar sus convicciones? Instintivamente i casi sin saberlo, se fué comprometiendo en la reyerta; i bien pronto relegó al olvido todos sus propósitos de convertirse en solitario. «No era decente, ni era conforme a mis sentimientos i principios,» ha dicho él mismo esplicando este cambio, «que yo no ayudara a mis paisanos en la prosecucion i defensa de la causa mas ilustre que ha visto el mundo.»

Los hechos con que hemos principiado nuestra relacion, prueban que Camilo Henriquez no fué un revolucionario tibio como tantos otros, sino que lo despreció todo, sinsabores presentes i peligros futuros, por sostener i difundir las ideas liberales. Durante la primera época de la revolucion, no cesó un momento de escribir en prosa i verso para atacar las pretensiones de la España, i para animar a los insurjentes en la contienda. A mas de la *Aurora*, redactó el *Monitor Araucano*, i el *Semanario Republicano*, que habia fundado don Antonio José de Irisarri, pero que este último escritor, por causas que no es esta ocasion de explicar, se habia visto forzado a suspender en el duodécimo número. En todos estos periódicos, prescindia por lo jeneral de las ocurrencias diarias, de las desavenencias domésticas de los patriotas entre sí, i evitaba toda polémica en cuanto le era posible. Reemplazaba estas materias, que en la actualidad constituyen el fondo del diarismo, por esplicaciones de los rudimentos del derecho público, que eran indispensables para colonos que, ignorando la cartilla política, aspiraban a organizarse en nacion. En lugar de entretener a sus lectores con las rencillas de los gobernantes i de los jenerales, les enseñaba la teoría de la soberanía del pueblo, de las diversas formas de gobierno, de la constitucion de los poderes; i los alentaba a perseverar en la empresa de la emancipacion, bien sea con proclamas calorosas, bien sea insertando cuantas noticias eran favorables a la causa americana, i cuantas presentaban a la España próxima a sucumbir bajo las plantas de los ejércitos franceses. Durante toda su carrera de diarista nunca desmintió su circunspeccion i su mesura; jamas su pluma se mojó en hiel para escribir diatribas i pasquines, en vez de artículos sesudos i razonados; nunca la personalidad ensució sus obras. Sin embargo, sus escritos carecen de orijinalidad; frecuentemente no hace mas que repetir las ideas de los filósofos franceses, i en todas sus publicaciones se descubre muy a las claras que sabia a Rousseau de memoria. Apuntamos el hecho sin que nuestro ánimo sea imputárselo como un reproche; porque entónces nadie se

habria cuidado de abrir los libros endonde estudiaba; i él, extractándolos, contribuia a popularizar sus doctrinas, que eran nada ménos que los dogmas de la revolucion.

Al mismo tiempo que Camilo Henriquez trabajaba en la prensa, ayudaba con sus consejos a todos los gobiernos que se sucedieron desde 1811 hasta 1814. Patriota entusiasta i de color subido contra la España, se entrometia poco en las disensiones de sus correligionarios, i cualesquiera que fuesen sus simpatías, no era de los mas empeñosos en manifestarlas. Siempre estaba con la autoridad establecida. Para él no habia mas cuestion que la independencia, que la guerra contra la Metrópoli, i todo lo demas lo miraba con desvío, casi con enojo. De ahí sin duda provenia ese indiferentismo político, que por otra parte cuadraba perfectamente bien a su jénio dejado i apático. Parece que solo se sobreponia a esa indolencia natural, a esa flojedad de intelijencia, que no le permitia muchas veces defender sus conceptos, hablar siquiera, por no tomarse trabajo, cuando se trataba de la gran lucha en que estaba empeñada la América. Entónces era otro hombre; su pereza habitual se convertia en actividad, su debilidad en enerjía. Nadie le ganaba en decision; todas las medidas que se adoptaban le parecian faltas de vigor, poco eficaces. Habria deseado contra los godos una guerra mas tenaz i agresiva, i para eso, que los insurjentes en lugar de pensar en gobernarse por juntas i congresos, entreteniéndose en dictar constituciones, hubieran confiado la suerte de la patria a las manos de un dictador con facultades omnímodas. «¿Cómo pretenden,» decia, «estos pueblos nacidos esclavos i educados para la esclavitud rejirse como republicanos? Sus antecedentes, sus costumbres, su ignorancia, su relijion se lo prohiben. No hai para ellos otro camino de salvacion, que entregarse a la direccion de un hombre superior.» «Todas las desgracias que hemos soportado,» escribia en 1815, «proviene de que no hemos seguido está línea de conducta. ¿Qué podria deternernos? ¿El temor de que el dictador se convirtiese en un monarca? Mas no se atreverá, i si se atreve i lo logra, merece serlo.» La experiencia ha demostrado que las ideas emitidas por Camilo tienen mucho de falso, i si el espacio no nos faltara, no nos seria difícil refutarlas; pero prueban un ardor revolucionario, extraño en un individuo de su temple, una impaciencia febril porque se rompieran los vínculos que nos ataban a la Metrópoli.

Despues del desastre de Rancagua, Henriquez emigró a las Provincias Argentinas. Durante su proscripcion continuó sus estudios i sus trabajos por la libertad del nuevo mundo. Se dedicó a las matemáticas, a las cuales era en extremo aficionado, i se recibió de médico en Buenos Aires, aunque ejerció poco su profesion. Por órden de aquel gobierno, compuso un *Ensayo acerca de las causas de los sucesos desastrosos de Chile*, opúsculo que se distingue por la imparcialidad con que el autor desentraña el oríjen de la pérdida de este pais, i dió sucesivamente a luz dos dramas sentimentales bajo el título de *Camila* el uno, i de la *Inocencia en el asilo de las virtudes* el otro, como tambien la traduccion de un panfleto escrito en ingles por Bisset con la de-

nombración de *Bosquejo de la Democracia*. Algun tiempo despues de su llegada un estatuto provisional promulgado en la república del Plata, decretó el establecimiento de dos periódicos, destinados el uno a censurar los abusos de la administracion, i el otro a defenderla, cuyos redactores eran nombrados i pagados por el ayuntamiento. La direccion del segundo se confió a Camilo Henriquez, quien redactaba juntamente una especie de revista mensual llamada *Observaciones*. Habiendo insertado en el cuarto número de esta última un artículo contra ciertos actos del directorio que pugnaba con sus convicciones, hizo dimision de su cargo de escritor oficial; porque se le queria obligar a que, segun su contrata, sostuviese en la *Gaceta Ministerial* lo que habia atacado en las *Observaciones*: él preferia la miseria a envilecer su pluma. A los dos años el cabildo de la misma ciudad volvió a sacarle de su retiro, para encomendarle, con el sueldo de mil pesos, la redaccion del *Censor* que desempeñó desde febrero de 1817 hasta fines de 1818.

Corria el año de 1822, es decir, hacia cinco años que los españoles no dominaban en Chile, i cuatro que se habia proclamado la independendencia, i sin embargo Camilo no regresaba a su pais. ¿Qué le detenia, pues, en el extranjero? La pobreza. Hacia esa época O'Higgins, que era director supremo de la república, se acordó del ilustre periodista, i le escribió llamándole i quejándose porque no le habia cantado en sus versos. Para costearle el viaje, don Manuel Salas levantó entre sus amigos una suscripcion que ascendió a quinientos pesos. Vuelto a su patria, Camilo fundó el *Mercurio de Chile*, papel en que procuró particularmente dilucidar diversas cuestiones de economia política; fué nombrado bibliotecario i secretario de la convencion de 1822. Segun su sistema, no tomó una parte activa en los asuntos políticos, de modo que con la deposicion de O'Higgins su suerte no cambió en lo menor. Pero si se mostró prescindente en aquella crisis, no se mostró desagradecido con su protector caido. Fué por su empeño, como el jeneral Freire dió al ex-director ese célebre pasaporte, que tanto honra al vencedor i al vencido en el cual se reconocen todos los servicios que la nacion debe al segundo. La redaccion de ese documento pertenece al padre Camilo.

Desde esta época hasta su muerte, tanto los mandatarios, como sus amigos continuaron guardándole las consideraciones a que sus méritos le hacian acreedor; pero a pesar de todo, el fin de su vida fué triste. Con la edad sus dolencias se agravaron. A las enfermedades del cuerpo se agregaron las del ánimo. Se puso hipondríaco i bilioso. Todo le incomodaba, nada le complacia. La miseria le hizo sentir todos sus rigores. Aunque era mui parco en su comida i mui humilde en su vestido, su renta no alcanzaba a satisfacerle sus necesidades; pues a mas de ser escasa de por sí, se quedaba en su mayor parte entre las manos de dos criados que le servian i que le robaban descaradamente. Desde su venida de Buenos Aires, habia dejado el traje eclesiástico, lo que hacia que muchas jentes no le tuvieran en mucho olor de santidad; pero murió con todas las apariencias de un hombre relijioso i de un católico sincero, recibiendo devotamente los sacramentos de la iglesia.

La muerte de ese escritor que durante su vida habia causado tanto ruido, que se habia conquistado tantas simpatias, que habia despertado tantos odios, pasó desapercibida. Ninguna demostracion de dolor público solemnizó su entierro; ningun periódico se dignó consagrar una necrologia, un simple aviso siquiera al fundador del diarismo en Chile. La fecha de la muerte de este patriota eminente habria quedado tan ignorada, como la de su nacimiento, si en el registro del cementerio, ese libro donde a nadie se le niega su lugar, donde se apuntan indiferentemente i mezclados unos con otros a grandes i pequeños, no se hallara en la partida correspondiente al 17 de Marzo de 1824, un renglon que dice:

CAMILO HENRIQUEZ DE 40 AÑOS DE EDAD. PARROQUIA DE SANTA ANA.

Nada tendriamos que observar sobre esa corta línea, porque en ese libro de los difuntos ocupan igual espacio los hombres célebres i los hombres oscuros, los presidentes i los mendigos, los que mueren en la cama o en el banco; si el cura, como si dudara a qué categoria pertenecia Henriquez, no le hubiera suprimido al mismo tiempo el *don* de que siempre hace preceder los nombres de las personas acomodadas, i el *frai* que pone delante de los miembros de las órdenes relijiosas.

MIGUEL LUIS AMUNATEGUI.

